

Claves internas de una crisis moral. Una reflexión sobre nuestro tiempo

Rafael VALCÁRCEL ARRIBAS

Uno de los rasgos más sobresalientes de nuestro tiempo es la urgente necesidad, que anima a todos los grupos humanos, de encontrar soluciones rápidas a multitud de problemas sin renunciar, siquiera sea parcialmente, a muchos de los egoísmos que condicionan el comportamiento individual de cada uno.

La razón primordial de esa actitud quizá podemos encontrarla en esa prodigiosa sacralización de la experiencia personal de cada hombre, que le hace sentirse "diferente" y, por lo tanto, profundamente ajeno a su prójimo. Podría incluso decirse que los esquemas de identidad de la condición humana pasan, cada vez más, por un proceso de culto reverente de lo genuino y de todo aquello que permita afirmar y diferenciar la personalidad.

Este impulso irresistible está impregnando cada vez más las conductas humanas y configurando una organización social radicalmente insolidaria y egoísta, que puede acabar rompiendo los modelos habituales de convivencia (llámese familia, grupo social, asociación, etc.).

El deseo de ser independiente y de alcanzar un extraño e insolidario umbral de libertad (es decir: excluyente de la libertad ajena) va marcando, cada vez con más fuerza, las acciones y los planteamientos individuales como si de ello dependiera la sustancia y el sentido de la vida misma. De una vida que ya no se concibe como un hecho prodigioso, que tiene sentido y grandeza precisamente cuando es compartido con otros seres situados en el mismo horizonte existencial, atareados por preocupaciones, sufrimientos y alegrías, que tienen un rasgo común de identidad: el ser humano, sin esconder ni alterar su propia condición.

Las causas de ese singular y desquiciado protagonismo excesivamente individualizante, que puede estar afectando incluso a muchos grupos humanos (pensemos en algunos corporativismos cuyo desarrollo depende de la "hostilidad" de un entorno, que ellos consideran "agresivo" e incompatible con el peso de sus intereses de grupo), hay que buscarlas en una adversa y destructiva evolución de las escalas de

valores, que van perdiendo progresivamente sus contenidos altruistas para dar paso a una concepción mucho más hermética e intransigente frente a todo aquello que no genere un "beneficio" fácilmente evaluable.

Podría, pues, decirse que estamos entrando de lleno en una etapa de "materialismo histórico", pero entendido no como sistema de interpretación sociológica y económica del mundo histórico y de la evolución social, sino claramente como irrupción de un estilo de vivir y de organizar todas las pautas y normas de convivencia humanas.

Una prueba de ello sería, entre otras, el auge imparable (a veces, incluso, ritualizante) de los valores y conceptos económicos, que, además de su utilidad meramente instrumental, se están convirtiendo en objeto de culto y devoción popular.

Y ello es así porque la mayoría de los estímulos vitales, que inspiran, organizan y definen a nuestras sociedades y grupos sociales (cualquiera sea su naturaleza: política, económica, profesional y, a veces, hasta confesional) están orientados a conseguir o garantizar el triunfo y el éxito por encima de todo y lo más rápidamente posible.

Se trata, claro está, de estímulos con un código moral muy precario, que, en el mejor de los casos, proclama sólo un formalismo ético concebido y estructurado para defender los intereses individuales (de persona o de grupo).

Quizá sea esta una de las manifestaciones más evidentes de la época que nos ha tocado vivir: al desaparecer o enfriarse el aglutinante de las ideologías y quedar anquilosados buena parte de los dogmas morales y religiosos (que no pueden ser reemplazados por el "culto a las tecnologías"), la conciencia de su condición humana, que definía su situación en la vida y su capacidad de compromiso en esa ardua tarea de convivir con los demás, se autodestruye y convierte al hombre en un ser terriblemente perdido y desorientado, que sólo sabe reaccionar con egoísmo (o con cinismo, incluso —¿Cuántas veces nos escuchamos decir "ese es su problema" cuando alguien se lamenta de un problema o una adversidad que le aflige?—) frente al singular proceso de todo cuanto ocurre a su alrededor. Y lo hace apoyándose en un escepticismo insuperable.

Claro está también, que para llegar a esa pérdida progresiva de creencias firmes e indiscutibles, ha sido preciso el derrumbamiento de la confianza en la eficacia de los valores morales, que han sido incapaces de frenar el deterioro ético de muchas actividades humanas.

Al llegar a este punto, la pregunta que uno puede hacerse es: ¿debemos admitir que algunas normas morales son incompatibles con el desarrollo de muchas actividades humanas (particularmente aquellas de claro signo económico)? o más bien, al contrario ¿existen actividades humanas que son incompatibles —aún siendo legalmen-

te impecables— con los principios morales más evidentes y elementales? No parece que se puedan aceptar muchas dudas a este respecto: los valores éticos y morales no son esquemas maleables, que se puedan adaptar y falsear según nos convenga.

Sin embargo, el hecho cierto es que la mayoría de los principios morales que debían inspirar la conducta humana —y garantizar, por lo tanto, un cierto equilibrio en la convivencia— han perdido fuerza o prestigio, aunque a veces se les invoque con hipocresía para descalificar una situación que nos es desfavorable.

Y han perdido prestigio —insisto— porque un volumen creciente de actividades realizadas con éxito están llenas de connotaciones descalificadoras (aunque no se proclame abiertamente) de esos principios éticos, que resultan "terriblemente anticuados".

Todo ello nos lleva a pensar que el hombre actual, presionado por la complejidad de nuevas formas de vida y por la inestabilidad o provisionalidad de muchas actividades económicas, está dispuesto a prescindir de muchas "trabas morales" si con ello tiene "garantizado" el logro de sus objetivos materiales. En eso consiste, en muchos casos, la "moral del éxito".

Pero no nos engañemos: una dinámica social, planteada en esos términos angustiosos de supervivencia sin respeto a unas reglas del juego, provoca unas tensiones y unos desarraigos de la personalidad que hacen imposible una convivencia medianamente pacífica y equilibrada.

La consecuencia inevitable es esa latente percepción, que tenemos, de vivir en unas sociedades condenadas a soportar, con cadencias más o menos intermitentes, un clima de conflictos sociales muy difíciles de contrarrestar.

Estamos, pues, en una situación de crisis de los valores morales, que afecta a muchos segmentos y ámbitos de la organización social y de la propia conducta individual. Veamos algunos de ellos.

En la familia:

Por fortuna, la familia sigue siendo un núcleo fuerte de convivencia, que puede servir de escudo protector frente a situaciones de indefensión, sobre todo en esta época de inestabilidad económica y precariedad de los puestos de trabajo (una precariedad que parece irreversible, porque es la consecuencia de una evolución y cambio acelerado de las tecnologías aplicadas a la producción y, también, de las continuas migraciones, sectoriales o geográficas, de los fondos de inversión, que necesitan angustiosamente mantener sus niveles de rentabilidad).

Sin embargo, se dan también en su seno planteamientos indeseables, que son un fiel reflejo de la crisis moral que padecemos.

Así, por ejemplo, tenemos el enfrentamiento y las tensiones que muchas veces surgen entre los miembros de una familia cuando se persigue un grado de bienestar inalcanzable con los medios económicos de que dispone. Es entonces cuando se produce una ruptura, silenciosa o inconfesada, del vínculo afectivo y se establece un clima de reproche mutuo, tratando de encontrar al "responsable" de tantas carencias de bienes materiales. El resultado inmediato es que la convivencia se torna más agresiva o, por lo menos, en un clima de incontrolable frialdad, y la vida del grupo familiar transcurre sometida a un estado casi permanente de frustración y resentimiento.

Lo más curioso, sin embargo, es que ese problema de convivencia no siempre se produce en familias con medios de vida modestos o limitados, sino precisamente en aquellas otras que han rebasado muy ampliamente el lamentable umbral de la pobreza.

Y es que la raíz de ese resentimiento y esas frustraciones hay que buscarla en un elemento que no existía en épocas pasadas y que constituye un poderoso factor de desestabilización de la vida y la conducta humanas: el fuerte tirón de un **entorno consumista**, que acaba destruyendo los sucesivos niveles de satisfacción de la persona humana.

En muchos grupos familiares y también, desde luego, en muchos de sus miembros, sin que nadie pueda remediarlo, existe un ansia consumista, que viene provocada por esa avalancha incontenible y constante de bienes u opciones de consumo, que parecen estar condicionando el sentimiento de "felicidad" y bienestar social a la posesión incontrolada e inacabable de bienes materiales. Parece como si el equilibrio interno de esos grupos familiares dependiese, exclusivamente, de su capacidad de respuesta frente a un deseo insaciable de posesión de bienes materiales.

Este es uno de los rasgos de las sociedades actuales: frente al criterio de austeridad y comedimiento en el gasto, que caracterizaba a la familia en un pasado no muy lejano, se ha desarrollado un modelo de familia "moderna" volcada compulsivamente a la obtención de niveles de riqueza, que le permitan mantener un volumen de gasto continuamente creciente, porque en ello le va su "prestigio social" y, probablemente, una mayor capacidad de maniobra frente al resto de los seres humanos que se encuentran por debajo de sus niveles de "bienestar social". En suma: la posesión de innumerales bienes materiales —como consecuencia de un elevado volumen de medios económicos— constituye, por sí misma, un alarde de poder nada despreciable, que justifica la consolidación de eso que podríamos calificar como "ética consumista".

Naturalmente, una escala de valores fundamentada en ese esquema puede arruinar, en cualquier momento de su existencia, el equilibrio interno de las familias y favorecer su disgregación: el aglutinante afectivo se ve remplazado por un sentido exclusivamente hedonista de la convivencia y, entonces, cualquier obstáculo o limitación de los placeres materiales y de las estructuras que los hacen posible convierten la vida familiar en un "calvario insoportable". Esto explica, en buena medida, la tendencia creciente a vivir solos, acompañados de sus éxitos o de sus frustraciones, de muchos seres humanos en los momentos actuales (o en muchos casos la automarginación psicológica).

Pero, ¿dónde reside la causa de ese **desequilibrio funcional** de la familia? Sin duda en una subversión o pérdida de los "viejos" valores morales, que permitían mantener y fortalecer su cohesión: el respeto mutuo entre sus miembros; una mejor comprensión y aceptación de los problemas puntuales que puedan ir surgiendo en la convivencia diaria; el predominio de un sereno entendimiento racional de las capacidades y cualidades de cada uno y de sus posibilidades de aportación de los medios necesarios para conseguir y mantener el bienestar común (verdadera finalidad del grupo); una sólida protección moral frente a las presiones del mundo exterior (evitar la radicalización de los protagonismos individuales y propiciar la ausencia de deseos o proyectos irrealizables, que desbordan las capacidades del grupo); promover un espíritu de lucha que no envilezca las conductas individuales; desarrollar un sentimiento de austeridad sagazmente concebido, es decir, sin la pretensión de imponer normas de convivencia poco razonables y realistas.

Al fin y al cabo, de lo que se trata es de conseguir un grado de "entereza moral" de las personas que integran el núcleo familiar, que les permita compartir los problemas de cada uno sin crear fricciones o niveles de incomprensión irritables y desestabilizadores.

Ya sé que puede parecer extemporáneo hablar de entereza moral, pero es que no se trata sólo de un concepto más o menos atractivo y tranquilizador, ni siquiera de un arbitraje dialéctico que haga más rotundos los argumentos pretendidos, sino también de una realidad hasta cierto punto fáctica: si tenemos fuerza para mantener operativos unos principios éticos valiosos y eficaces habremos conseguido que la familia no se rompa, que permanezca entera.

También sé que, afortunadamente, aún quedan muchas familias, que siguen respetando y viviendo de acuerdo con esos principios.

Pero no se me olvida que el impulso ético (es decir, la necesidad de hacer las cosas bien y con el menor error posible en la identificación de sus contenidos esenciales, de su inequívoca autenticidad) ha ido perdiendo fuerza y resulta poco sugestivo para una civilización excesivamente materialista, poco sensible a filosofías y concepciones altruistas de la realidad social.

En el trabajo:

El trabajo es el hilo conductor de toda vida humana suficientemente organizada (es decir: pensando en el grupo al que pertenecemos en cada momento) y sirve para dar dimensión económica a cualquier actividad del hombre, incluso cuando ésta es gratuita (tomemos el caso de las acciones caritativas, cuyo rasgo esencial es que, sustentándose en una actividad económica, en un gesto que puede generar un resultado puramente mercantil, el beneficio obtenible se proyecta hacia fuera, **hacia otro**; por eso se habla de "hacer bien al prójimo", principio esencial que recogen varias doctrinas religiosas).

Por eso es importante que tenga un cierto contenido de **valores morales**, que dignifiquen su naturaleza y su actividad no se reduzca a un mero trueque de cambiar esfuerzo por dinero.

Pero esos valores morales, que pasan fundamentalmente por evitar situaciones de humillación, de aislamiento o de marginación y que se había conseguido desarrollar y mantener con los infinitos sistemas de participación, que caracteriza la gestión en las sociedades industriales de los últimos 50 años, están a punto de desaparecer o, por lo menos, de perder su innegable eficacia, por culpa de diversos factores adversos:

- ruptura de la confianza en la solidez y mantenimiento, en el tiempo, de las estructuras que albergan esas actividades industriales o económicas (lo que conocemos habitualmente con el nombre de "empresas").

- consecuentemente, sentimiento constante de inestabilidad del puesto de trabajo y –lo que aún es peor– miedo a que la continua y rápida evolución de las tecnologías haga desaparecer por completo toda la actividad en su conjunto.

- consecuentemente también, desaparición del clima profesional estable, que favorecía la formación y el mantenimiento de esa carga sutil de convivencia que se conocía con el calificativo de "espíritu de empresa".

- desaparición del concepto de "fidelidad a la empresa", que se ha tornado gravemente inservible en una situación de mercado de puestos de trabajo constantemente variable y sometida a la escueta ley de la oferta y la demanda con criterios claramente egoístas (lo cual es, hasta cierto punto, lógico en una sociedad que concede mucha más importancia a la "ética del bienestar" que a una "insostenible" y "precaria" **ética del trabajo**).

- desarrollo de unos criterios de productividad y "competitividad" –por otra parte inevitables en un mundo industrial globalizado a escala mundial y cada vez más interdependiente– que, sin pretenderlo intencionadamente, desvinculan cada vez más a la empresa del trabajador, creando una curiosa situación de provisionalidad casi

estructural: todo puede cambiar en cualquier momento y para mejores fines económicos.

Ante una situación así y para poder auspiciar cual es el papel futuro de una ética del trabajo, será necesario esperar a que se establezcan las consecuencias y los efectos de esta nueva dinámica económica, que inunda todo el horizonte de las actividades humanas y que puede transformar hasta el contenido de la vida misma.

En el ocio:

Descendiendo al terreno esponjoso y variopinto de las sociedades modernas, uno se da cuenta en seguida de que, entre los diversos y legítimos polos de atracción que motivan e inspiran la conducta humana (orden, libertad, seguridad, bienestar, riqueza, etc.), el ocio representa una parcela importante, que puede incluso definir el talante de un pueblo. Un talante que, por supuesto, puede experimentar una evolución considerable de los gustos, las modas y las preferencias, aunque sólo sea bajo los efectos de ese proceso interminable de transculturación que afecta a todos los seres y en todas las latitudes.

En esta época que nos ha tocado vivir, con una abundancia y generalización de los diversos medios de comunicación, ese proceso de influencias recíprocas de las distintas culturas facilitan la formación de estilos de vivir muy yuxtapuestos, en donde la tradición va dejando paso a unas formas del ocio y del entretenimiento a veces excesivamente estereotipadas, que hacen difícil dilucidar cuáles son las raíces auténticas de los gustos y preferencias personales.

Ahora bien, independientemente de ese fenómeno inevitable de influencias, hay en estos momentos un rasgo común en numerosas modalidades de los esquemas del ocio: la superficialidad de unos contenidos, que introducen una componente de frivolidad cuyo resultado es, a veces, una descalificación o un alejamiento de todo lo que constituye la urdimbre cultural de un pueblo (o bien se le da un tratamiento excesivamente bastardo).

No es raro encontrar, en estos tiempos, formas y modalidades del espectáculo que, independientemente de su dudoso valor estético, carecen de un nivel mínimo de creatividad y hacen fáciles concesiones a un humor craso y primitivo, suprimiendo toda posibilidad de apego a la ironía y al ingenio.

Y lo más preocupante es que, con frecuencia, tienen muy buena acogida. Parece como si el espectador tuviese una generosa tolerancia, que le impide tener un espíritu crítico más afilado e intransigente. También puede que sea más permeable a las motivaciones de unas modas muy cambiantes, pero que impactan muy insistentemente desde todos los ángulos de los medios de comunicación. Si a ello le agregamos que

nuestro colectivo social todavía no ha terminado de consumir el tránsito a un mundo de libertades, donde es conveniente conservar un cierto pulso de racionalidad a la hora de practicar el ocio, tendremos la explicación a esa respuesta, a veces incoherentemente alocada, en la selección de los medios y maneras de disfrutar de nuestro llamado "tiempo libre".

Hay también otras causas de esa "perversión", que a veces subyace en los modelos del ocio preferidos:

- agotamiento de los patrones estéticos del pasado, que alimentaban los criterios sociales "del buen gusto" y que estaban sustentados por unas costumbres y unas formas de vida, que ahora han desaparecido y no han sido sustituidos por otros con suficiente fuerza.

- la aparición de formas e impulsos lúdicos y de entretenimiento, que, en el fondo sumergen al individuo en una situación de **disfrute en solitario** (por ejemplo: las máquinas tragaperras).

- rechazo de cualquier forma de participación, frente a un espectáculo, que exija un esfuerzo de reflexión y de análisis (por eso el teatro, la mayor parte de las veces, tiene una acogida minoritaria –incluso en su versión televisiva– y, en cambio, atraen cada vez más los planteamientos masificadores y simplistas, en donde se pone en juego o bien el estímulo económico mudo y lironde –concursos televisivos– o bien los relatos sencillos con un contenido literario muy elemental –culebrones–).

- predominio de un concepto puramente instintivo del espectáculo, que dejan al espectador cautivo de las formas y no del contenido (éste, a veces, ni existe o es un puro pretexto que se recicla en sí mismo).

- huída hacia adelante en la búsqueda incesante de una percepción placentera de la vida, que excluye, la mayoría de las veces, cualquier forma de compromiso social y de respeto a unas normas y estructuras de convivencia. Se trata de una concepción hedonista de la vida, que presiona todos los mecanismos internos de la personalidad humana y desencadena, a menudo, sentimientos de frustración y de "infelicidad" sólo compensables por peligrosas vías alternativas (utilización incontrolable de drogas y alcohol).

- Incapacidad creciente para identificar y proteger lo que pertenece a la esfera íntima de la persona humana y su entidad física (eso que antes estaba preservado por el pudor, una sustantiva y sutil actitud emocional frente a las infinitas posibilidades del mundo sensorial), lo que explicaría la difusión de los espectáculos "porno" que, en el fondo, tienen todo el perfil de un mecanicismo sexual, absolutamente primitivizante y cuya consecuencia es la instauración de un embrionario y robotizante culto al sexo, sin ninguna otra dimensión psicológica posible (es decir: suprimiendo todas las connotaciones culturales del sentimiento amoroso).

Ni que decir tiene que siguen subsistiendo muchas parcelas del ocio humano que conservan una indudable salud moral y que no puede hablarse de una deformación generalizada en los gustos del espectador; hay todavía mucha gente sana, capaz de encontrar formas lúdicas de entretenimiento y disfrute personal, que no sean incompatibles con sus convicciones morales y su estilo de vida.

Pero no hay que olvidar que vivimos en el seno de una sociedad conflictiva, abrumada por multitud de problemas de naturaleza muy compleja y de difícil solución y que se siente cada vez más presionada por la necesidad de olvidar un entorno progresivamente desfavorable. En ese contexto, la configuración de las modalidades del ocio puede sufrir mutaciones muy radicales, a nivel de los gustos y preferencias personales, que tendrán gran influencia en lo que podríamos llamar la "ética del disfrute" (por ejemplo: la introducción de la violencia como elemento constitutivo del juego).

En el mundo mágico (religiones y creencias):

Desde los tiempos más remotos y a lo largo de toda su historia, el hombre ha tenido siempre necesidad de apoyar su vida en un sentimiento religioso, que unas veces le servía para soportar y defenderse de un mundo exterior amenazante y peligroso (creencias animistas, simbolismos y fetichismos tribales, que contribuían a reforzar la conciencia de grupo, etc.) y otras, simplemente, permitía ir estructurando las respuestas a muchas inquietudes y perplejidades frente a fenómenos y situaciones difíciles de comprender o de asumir (enfermedades, desgracias individuales ó colectivas, muerte, sufrimientos aparentemente innecesarios, soledad y desvalimiento, etc.).

La evolución hacia religiones más complejas y con un alto contenido metafísico (donde la presunción de una vida trascendente influye de manera decisiva en la gestación del sentimiento religioso) liberó al hombre de muchas servidumbres rituales, al menos en aquellas zonas de civilizaciones más evolucionadas y con un pulso espiritual más intenso (aquellas que fueron capaces de protagonizar un fuerte proceso creativo de las sociedades humanas y que, con gran finura de análisis, describe Jaspers en su espléndida obra "Origen y meta, de la Historia").

En nuestras sociedades occidentales, el afianzamiento de la religión como fenómeno cultural (es decir: independientemente de sus diferencias de contenido confesional) dió origen a una evolución de las costumbres y formas de vida, cuyas consecuencias inspiran todavía nuestra peripecia vital y nuestros criterios actuales de organización social, jurídica, económica y política sobre todo.

Pero también es verdad que el impulso de la conciencia religiosa (y, por lo tanto, de los contenidos morales que de ella derivan) ha sufrido una extraña evolución y hemos llegado a un punto en que la pertenencia a un credo religioso no significa,

forzosamente, que se comprendan a fondo y se compartan, con el rigor y respeto necesarios, los contenidos dogmáticos de esas religiones.

Existe, en efecto, un continuo proceso de dispersión de las conductas individuales, que parecen cada vez más expuestas a un fenómeno de contradicción entre lo que exigen nuestras creencias religiosas y lo que somos capaces de hacer, entre los esquemas originales de una ética personal y la evidencia de unos actos cotidianos que no siempre son respetuosos con las normas o principios morales aparentemente asumidos.

Puede que a esto tengamos que llamarlo hipocresía, pero eso no basta para explicar por qué se acentúa, cada vez más, ese distanciamiento moral, que está configurando y dando un nuevo sesgo a los comportamientos humanos: es preciso aceptar que existe una especie de consenso irracional (pero eficaz en sus consecuencias y efectos) en la permisividad de actos o conductas poco honorables que, sin embargo, se consideran "valiosos" desde otros puntos de vista (por ejemplo: la especulación en muchas de sus formas, dentro de las actividades económicas).

¿Es que nos encontramos ante la consolidación de un tipo de sociedad insensible y despreocupada frente a la aparición de comportamientos que otrora se consideraban inmorales? Y lo que aún es peor: ¿no estamos aceptando unos principios de organización social, que pueden atentar gravemente contra la misma razón de ser y de existir del individuo dentro de la sociedad a la que pertenece? ¿Es que somos incapaces de detectar los peligros profundos y desestabilizadores, que conlleva la aceptación (consciente o no) de un **formalismo en la ética**?

Nadie puede ya ignorar que, bajo la apariencia de unas corrientes planetarias de preocupación por las desgracias y conflictos humanos (que, en muchos casos, hasta puede ser sincera y bienintencionada), subyace una sociedad con claros perfiles de egoísmo y con un progresivo deterioro de su conciencia moral (porque conciencia moral no es, ni más ni menos, que esa **capacidad permanente y constante** de tener en cuenta la vida del prójimo, sus problemas y dificultades, sus situaciones de marginación o de sufrimiento. Y si, además, se sustenta en algún principio religioso, los efectos pueden ser más duraderos).

Ese deterioro de la conciencia moral está provocado por factores muy complejos, difíciles de identificar a nivel individual (salvo en situaciones-límite que afecten a nuestro equilibrio espiritual o a nuestras condiciones habituales de vida), pero que influyen decisivamente en el establecimiento y la aceptación de una ética colectiva, que se encuentra desplazada hacia nuevas escalas de valores y nuevos desafíos:

– un culto desmesurado a la riqueza y que está íntimamente conectado a un concepto hedonista de la vida (a veces de forma angustiosa, por su capacidad para romper el equilibrio psicológico de la persona).

– un vaciamiento, por lo tanto, del principio de austeridad, que antes influía decisivamente en las conductas individuales, como elemento apaciguador de muchas apetencias superficiales e innecesarias.

– el desarrollo y consolidación de una sociedad consumista, que parece inevitable porque está clamorosa y expansivamente industrializada, en constante búsqueda de nuevas formas de crear riqueza, hasta límites antes insospechados.

– una inversión estructural de los valores que rigen los quehaceres y las actitudes individuales (el **derecho a poseer** es más importante que el **deber de aportar** o contribuir en algo y por un fin más altruista). El culto al concepto del bien privado está alcanzando los límites indeseables de provocar un desprestigio y rechazo del bien común, aunque a veces las apariencias induzcan a pensar lo contrario.

– un sentido posibilista del éxito personal que, por su carácter de urgencia, condiciona los comportamientos individuales y el respeto a unas reglas sanas de convivencia.

– una permanente actitud de estupor y devoción frente a una avalancha de avances tecnológicos, cuya utilidad, más allá de su estricto valor instrumental, no siempre está bien comprendida y aprovechada (¿se conocen, de verdad, cuáles pueden ser los **últimos objetivos y consecuencias sociales** de tantas nuevas tecnologías?).

– una irresistible renuncia a la fe y las actitudes religiosas, provocada en parte por la eterna dificultad de comprender y aceptar la componente metafísica de las religiones (de aquellas que tienen, como mensaje fundamental, una interpretación trascendente de la inmortalidad) y, también, por el entorno de una civilización volcada al desarrollo incesante de bienes materiales que van aderezando la vida humana de planteamientos inagotables de bienestar posible (en suma: una especie de "realismo utópico", que ejerce una presión constante e implacable. Y lo llamo así porque se trata de un impulso, no siempre perceptible y consciente, que muy a menudo proyecta el deseo mucho más allá de las posibilidades fácticas de realizarlo. Algo que explica, al menos en parte, esa inagotable proliferación de los juegos de azar).

La pregunta que cabe hacerse, como remate a este bosquejo de reflexiones, es si nos encontramos ante una nueva y decisiva etapa en la evolución de las sociedades postindustriales, que parecen encaminarse al logro de una especie de "paraíso estabilizado", donde el hombre ya no tenga excesivas aspiraciones e inquietudes más allá de la cotidiana valoración y confrontación de su bienestar material.

¿Estamos, acaso, ante "el fin de la Historia y la aparición del último hombre", como preconiza el profesor Fukuyama, en su ya conocida obra?

La respuesta, sin duda, la iremos dando inevitablemente entre todos.